



*Asesorías y Tutorías para la Investigación Científica en la Educación Puig-Salabarría S.C.
José María Pino Suárez 400-2 esq a Lerdo de Tejada, Toluca, Estado de México. 7223898473*

RFC: ATI120618V12

Revista Dilemas Contemporáneos: Educación, Política y Valores.

<http://www.dilemascontemporaneoseduccionpoliticayvalores.com/>

ISSN: 2007 – 7890.

Año: IV. Número: 2. Artículo no.22 Período: Octubre, 2016 - Enero, 2017.

TÍTULO: El tacto pedagógico: una propuesta de la enseñanza ética.

AUTORA:

1. Dra. Guadalupe Ibarra Rosales.

RESUMEN: En este artículo se analiza la propuesta educativa elaborada por Max van Manen (1998) que tiene como eje el tacto o sensibilidad pedagógica, la cual está orientada a la formación para la vida. Se analizan los rasgos significativos que distinguen al tacto pedagógico como una forma de enseñanza ética sustentada en el amor y la vocación del docente por su quehacer educativo. Asimismo se recuperan aquellos aspectos de esta propuesta educativa que es posible de realizar en la enseñanza universitaria.

PALABRAS CLAVES: Sensibilidad pedagógica, Ética de la enseñanza, Formación del carácter

TITLE: Pedagogical tact: A proposal in ethical teaching.

AUTHOR:

1. Dra. Guadalupe Ibarra Rosales

ABSTRACT: This paper analyzes the educational proposal introduced by Max van Manen (1998) which focuses on the so-called pedagogical tact or pedagogical sensitivity, which is oriented to teaching for life. The significant features that distinguish pedagogical tact as a way of ethical

teaching based on the love and vocation of the teacher for his/her educational duty are analyzed. Aspects of this educational proposal that can be applied to Higher Education are examined, too.

KEY WORDS: Pedagogical sensitivity, ethics of teaching, character formation.

INTRODUCCIÓN.

Se parte de considerar que el tacto o sensibilidad pedagógica no constituye una estrategia didáctica, sino toda una propuesta educativa perfilada a la formación del carácter como vía para la preparación para la vida. También se comprende la formación del carácter como la formación en el modo de ser ético propio del ser humano.

En este marco, se desarrollan los rasgos y características básicas que distinguen a la sensibilidad pedagógica como una propuesta de enseñanza ética que toma en cuenta los sentimientos y afectos tanto de los docentes como de los alumnos.

En un segundo momento se recuperan algunos aspectos de la sensibilidad pedagógica que es posible de realizar en la enseñanza universitaria y aquí se aborda la alternativa que ofrece esta propuesta educativa ante problemáticas que se experimentan en este nivel educativo como son las dificultades en el aprendizaje, la motivación, y la influencia que tiene el ambiente del aula en el logro del aprendizaje.

DESARROLLO.

El tacto o sensibilidad pedagógica.

Max van Manen (1998) concibe a la educación desde una perspectiva amplia, como un proceso que conlleva la preparación educativa del niño o el joven para la vida. Esto lo precisa en los siguientes términos: “La educación paternal y la escolar derivan de la misma y fundamental experiencia de la pedagogía: la tarea humana de proteger y enseñar a los más jóvenes a vivir en

este mundo y a responsabilizarse de sí mismos, de los demás y de la continuidad y el bienestar del mundo” (Manen, 1998:23).

Para este autor, la base de la educación para la vida es la formación del carácter (Manen, 1998:196). El carácter lo comprendo como un modo o forma de ser ético propio de los seres humanos que no es dado sino que se construye y se expresa en las acciones y conductas llevadas a cabo de manera libre y responsable.

En esta propuesta, el tacto pedagógico que puede desarrollar el docente en el proceso de enseñanza es la clave para la formación del carácter, ya que mediante el ejercicio de esta sensibilidad se recupera la dimensión afectiva y ética del proceso educativo.

Podría decirse, entonces, que este autor propone una forma específica de la educación del carácter que no se centra en valores y virtudes sino en los afectos y sentimientos.

Para esta propuesta educativa, la formación del carácter involucra el crecimiento y la madurez afectiva y emocional de los alumnos (Manen, 1998). Esto requiere crear o contar con las condiciones que posibiliten este desarrollo. Aquí es donde el tacto pedagógico mediante el proceso de enseñanza y aprendizaje puede ayudar a lograr que los estudiantes vayan experimentando y adquiriendo la seguridad en sí mismo para crecer y alcanzar ser la persona que desean ser. El carácter se sustenta, en gran medida, en una estructura afectiva y emocional sólida que contribuye a que los alumnos adquieran y desarrollen los hábitos, fortalezas, virtudes y valores que son necesarios para realizarse como persona.

Por ello, Manen (1989) considera como alternativa para la formación del carácter, el tacto pedagógico, el cual no es una estrategia ni técnica didáctica, sino una cualidad afectiva y moral que ha adquirido y desarrollado el docente a través de su práctica educativa.

En esto cabe recuperar el análisis del tacto pedagógico que realizan Altarejos et al (1997), donde se articula esta sensibilidad con el “tono” o manera de tratar a las personas: *“El filósofo Friedrich Schleiermacher habla así del <<tono>> -término conectado con la palabra tacto- para describir esa especial cualidad de la interacción humana que permite a la persona comportarse con sensibilidad y flexibilidad con los demás”* (Altarejos et al, 1997:553).

En esta perspectiva, el tacto pedagógico se comprende como una forma de ser sensible que emerge en la interacción educativa ante situaciones educativas concretas que requieren de un trato cuidadoso y prudente. Es una cualidad ética, porque involucra la interacción con los alumnos que son personas, y como tales, merecen un trato respetuoso.

Así esta sensibilidad pedagógica es una forma de desarrollar la enseñanza de manera ética y afectiva que toma en cuenta los sentimientos de los alumnos, y que por ello, se manifiesta en la atención, el apoyo, la comprensión y el cuidado que el docente le brinda a los alumnos ante sus necesidades educativas o para impulsar sus capacidades y potencialidades para llegar a ser la persona que se desea ser.

El tacto pedagógico se sitúa en la dimensión humana de la enseñanza, y engloba rasgos y virtudes adquiridos por el docente como son la prudencia, la sensatez y el buen juicio, la medida y la cautela, por mencionar algunos de los aspectos cualitativos que demanda el ejercicio de esta sensibilidad.

Podría decirse que el tacto pedagógico expresa una forma de ser y de comportarse del docente ante las distintas situaciones concretas que se viven cotidianamente en el proceso educativo. Frente a esta realidad educativa, el docente puede desarrollar la sensibilidad pedagógica que le permite ofrecer a los alumnos una respuesta consciente pero afectiva, que involucra la precaución y la reflexión para evitar consecuencias negativas y que conlleva el respeto a los sentimientos del alumno.

Como ya he señalado anteriormente, el docente adquiere el tacto pedagógico como resultado de la experiencia y vivencia de la enseñanza que va moldeando ese modo de ser sensible y comprensivo ante las situaciones imprevistas o frente a las problemáticas educativas que se viven cotidianamente en el aula.

Si bien Manen (1998) reconoce que este tipo de sensibilidad involucra la reflexión, también considera que no es resultado de la razón, sino que proviene del corazón. Se puede entender que la fuente del tacto pedagógico es el amor que el docente tenga por su quehacer educativo. Sin el sentimiento del amor es difícil que el docente cultive el tacto pedagógico.

Aquí es importante recuperar el planteamiento de María García Amilburu (2013: 88), que define en su justa dimensión este sentimiento de amor como el “desear y procurar el bien para alguien”. En esta perspectiva, el amor del docente se puede entender como el anhelo que persigue para que el alumno alcance su bien verdadero.

En este marco, es importante reflexionar el significado que tiene el tacto pedagógico en términos morales, porque no sólo comprende virtudes como la prudencia, ya que como una forma de sensibilidad conlleva también sentimientos morales para con los alumnos como son la empatía, la solidaridad, la compasión. Esta sensibilidad posibilita entonces dar un giro a la enseñanza, puesto que la práctica del tacto pedagógico transforma la simple instrucción en una enseñanza ética.

El ejercicio del tacto pedagógico conlleva una enseñanza ética, no porque inculque valores y virtudes sino porque está enfocada a apoyar el desarrollo pleno del alumno. Esto porque es un tipo de sensibilidad moral que percibe y valora tanto las necesidades de los alumnos como sus deseos y anhelos y se enfoca a apoyar a los alumnos para que logren ser buenas y mejores personas.

La sensibilidad pedagógica se comprende entonces como la síntesis de los sentimientos afectivos y morales que impulsan en el docente la disposición, la solicitud, la ayuda desinteresada y gratuita que es capaz de ofrecer a los alumnos ante sus necesidades educativas.

El tacto pedagógico como una forma de ser del docente en el proceso de enseñanza se expresa en sus actitudes y comportamientos, pero sobre todo en el lenguaje corporal (código gestual, mirada y movimientos), en el lenguaje verbal (habla y tono de voz) que marcan un estilo de docencia (Manen, 1998).

Este rasgo propio de esta sensibilidad pedagógica lo recuperan Altarejos et al (1997), en los siguientes términos: *“Por otro lado, el tacto pedagógico realiza sus funciones haciendo que medie en la actividad del educador el lenguaje y el discurso -la palabra - el silencio, el gesto, la mirada, el ejemplo personal y la propia atmósfera que se crea en la interacción”* (Altarejos et al, 1997:534).

Manen (1968) recupera el lenguaje corporal y verbal para mostrar la influencia y el impacto que puede tener en el aprendizaje y en el crecimiento de los alumnos una simple mirada o un gesto que transmita la aceptación y la confianza o por el contrario muestren la indiferencia o el rechazo.

Para Asencio (2010:32), la sensibilidad pedagógica requiere desarrollarse en sintonía con el alumno. Esto implica que el docente tenga la disposición de atender a sus alumnos, manifestando una actitud abierta y atenta para detectar sus necesidades educativas de distinta índole o para descubrir e impulsar el potencial con el que cuentan.

Es importante señalar, que el tacto pedagógico es una respuesta sensible y ética ante las totalidad de las necesidades de los alumnos: afectivas, cognitivas y psicológicas. De acuerdo con Manen (1998), este tipo de sensibilidad interviene ante una dificultad cognitiva de aprendizaje, reconoce la necesidad de aceptación del alumno; está presente también en sus problemas de socialización, toma en cuenta las afectaciones que experimenta el alumno en su convivencia escolar, etc.

Podría decirse, que la sensibilidad pedagógica no privilegia sólo el aspecto cognitivo de la enseñanza sino la situación concreta del alumno en el contexto educativo.

El tacto pedagógico en la enseñanza universitaria.

Una lectura poco profunda de la propuesta educativa de Manen (1998) limita el ejercicio del tacto pedagógico a la educación de los niños y los jóvenes, porque esta perfilada a la formación del carácter; sin embargo, la sensibilidad pedagógica comprende diferentes aspectos que son factible de desarrollar en la enseñanza universitaria para atender y resolver las distintas problemáticas que se presentan también de manera cotidiana en este nivel educativo.

Tacto pedagógico y formación del carácter.

Si bien a nivel universitario, la mayoría de los alumnos cuentan con la edad que los califica como jóvenes adultos, esto no significa que hayan concluido su formación en el carácter, pues en ocasiones la edad biológica no coincide con la madurez afectiva y emocional que limita su capacidad para tomar decisiones.

Este planteamiento se fortalece con lo establecido por Altarejos et al (1997), que al analizar el carácter precisan lo siguiente: *“Llegar a tener carácter en este sentido, no es el reconocimiento de algo que ya está dado y que cada uno de nosotros manifiesta, sino que es intentar conseguir algo que aún no se tiene, o que no se tiene en el grado que se desearía”* (Altarejos et al, 1997,85).

Como ya señalamos anteriormente, en esta propuesta educativa la formación del carácter es la base de la formación para la vida y es una alternativa educativa que también cabe, y es pertinente de recuperar y desarrollar en la enseñanza universitaria, porque en este nivel educativo los jóvenes definen con mayor conciencia y claridad su proyecto de vida personal y profesional.

Aquí cabe preguntar: ¿qué aspectos de la formación del carácter pueden contribuir a desarrollar y consolidar el tacto pedagógico en la enseñanza universitaria?

Si bien los tratados de la psicología establecen que la identidad se configura en la adolescencia, también es cierto que en la Universidad asisten estudiantes que no han terminado de definir o

consolidar su identidad personal. También es posible que en el nivel educativo descubran otras dimensiones de la identidad que no habían tenido oportunidad de reconocer.

Para Manen (1998:195), “el carácter es la identidad distintiva que marca al individuo”. En la visión antropológica y filosófica de la persona, la identidad constituye su núcleo más profundo y comprende el conjunto de rasgos y cualidades que la persona reconoce como propios, entendidas como las “potencias físicas y psíquicas” con las que cuenta para desarrollarse y crecer (Domínguez, 2011:62).

En esta concepción filosófica de la persona, la identidad posibilita que la persona se descubra como un ser unitario, singular, independiente e irrepetible (Domínguez, 2011:61,62).

El tacto pedagógico en la enseñanza universitaria, en tanto se enfoca a los sentimientos de los alumnos, puede contribuir a que el joven universitario encuentre otros aspectos de su identidad vinculados a la dimensión moral y afectiva que no se habían revelado, así como identificar las propiedades y atributos con los que cuenta que lo diferencian y le permiten configurarse como un ser único. En este nivel educativo, la identidad implica tomar conciencia de sí mismo de lo que en esencia es y puede llegar a ser, mediante el ejercicio de su libertad y autonomía que lo faculta para elegir y decidir su proyecto de vida.

En la visión de Manen (1998), la identidad personal tiene como núcleo la dimensión moral que es la que permite una estructuración positiva y humana de la identidad personal, que involucra el ejercicio de la responsabilidad para consigo mismo y para con los demás.

Por ello, este autor concibe el carácter como la forma de ser y de actuar de la persona (Manen, 1998:195). Aquí es importante señalar que este autor no se refiere a cualquier forma de ser, sino como un modo de ser humano, y en esa medida, el carácter se entiende como (*ethos*) el modo de ser ético del hombre. El tacto pedagógico en la enseñanza universitaria tiene una gran tarea,

porque puede apoyar e impulsar en el joven estudiante ese modo de ser ético congruente con su identidad.

En este planteamiento, la formación del carácter involucra el aprendizaje significativo, un tipo de aprendizaje que le aporta al alumno elementos para definir la persona que es o desea ser. En este punto, Manen (1998:195) es muy claro al precisar que “el verdadero aprendizaje tiene lugar cuando el conocimiento, los valores y las aptitudes que adquirimos tienen algo que ver con la persona en que nos estamos convirtiendo”.

La sensibilidad pedagógica y el aprendizaje difícil.

En todos los niveles educativos, incluyendo la Universidad, hay alumnos que experimentan dificultades en el aprendizaje, que se van quedando rezagados en el camino porque no pueden sostener el ritmo de aprendizaje que el docente ha establecido. El docente, que tiene el tacto o sensibilidad pedagógica, recupera y atiende este tipo de alumnos y se enfoca a apoyarlos en su aprendizaje.

La sensibilidad pedagógica es necesaria para detectar los aspectos que impiden al alumno desarrollar su inteligencia y para ofrecer respuestas afectivas ante esta situación. Para Manen (1998), las dificultades de aprendizaje resultan angustiosas y a veces traumáticas para los alumnos. Por ello considera, que una de las formas de cómo se puede ejercer la sensibilidad pedagógica es “tratar de evitar las circunstancias y factores que hagan la experiencia educativa dolorosa...” (Manen, 1998:200).

Para evitar o enfrentar las dificultades de aprendizaje, un primer paso, es que el docente sea capaz de ver la experiencia educativa desde la perspectiva del alumno (Manen, 1998:198, 199).

Es común que la mayoría de los docentes aborden los problemas de aprendizaje desde su propia óptica, y pocas veces toman en cuenta cómo percibe ese conocimiento el alumno, qué significa

para él y para su vida ese conocimiento y cómo viven su aprendizaje. En este marco, recuperar la perspectiva del alumno es un acto de afecto que no sólo fortalece la confianza del alumno sino que también permite buscar la forma de cómo puede ser más fácil el aprendizaje desde el “mundo” del alumno como lo especifica Manen (1998).

Este autor propone abordar los problemas de aprendizaje desde la situación emocional de los alumnos. De manera concreta considera que el docente requiere tomar en cuenta el significado que tiene en la vida del alumno el “estrés”, la “ansiedad” y la “dificultad” (Manen, 1998:200). Podría decirse, que en esta propuesta educativa, la clave para enfrentar los problemas de aprendizaje no reside en las estrategias y técnicas didácticas sino en el trabajo delicado que realice el docente en el ámbito de las emociones y sentimiento del alumno. Todo ello para lograr que el alumno recupere la confianza y la seguridad en sí mismo, porque estos aspectos son claves para desplegar su inteligencia y creatividad.

La sensibilidad pedagógica y el ambiente en el aula.

El clima o ambiente en el aula es un factor importante que impactan en el aprendizaje en todos los niveles educativos, incluyendo el universitario y depende en gran medida de las actitudes y el comportamiento del docente en el salón de clases.

Manen (1998,190) también aborda en su análisis del tacto pedagógico el ambiente en el aula, pero entendido como el clima emocional que se construye mediante la interacción del docente con los alumnos. En esta perspectiva, es posible plantear que mediante el lenguaje verbal (habla, tono de voz) y el lenguaje no verbal (código gestual, mirada, movimientos corporales), los docentes expresan sus sentimientos y emociones que los alumnos reciben y codifican. Estos aspectos forman parte del tacto pedagógico que muchas veces son desapercibidos por los docentes, pero que impactan más en el clima emocional en el aula que las acciones directas.

Un docente que ejerce este tipo de sensibilidad no emplea un tono de voz imperativo, ni expresa en sus manifestaciones gestuales de fastidio, enojo, rechazo, indiferencia o superioridad. Por el contrario, el docente que desarrolla el tacto pedagógico se enfoca a crear un clima emocional en donde los alumnos se sientan aceptados, y así tanto el tono de voz como sus movimientos corporales y gestuales son positivos, es decir, expresan confianza para que los alumnos experimenten seguridad y canalicen su energía y potencialidad en su aprendizaje.

Cabe plantear, que un buen clima emocional en el aula contribuye a que los alumnos mantengan el ánimo en el aprendizaje, sean participativos, desarrollen la disciplina que requiere el aprendizaje, y lo más importante, este clima favorece el crecimiento del alumno como persona. Por el contrario, un ambiente en el aula autoritario y hostil no sólo puede clausurar el aprendizaje, también logra poca participación de los alumnos, genera actitudes de indiferencia y rechazo hacia el aprendizaje. Un ambiente de este tipo puede mantener el orden en la clase pero tiene nulo o poco impacto en la disciplina que el aprendizaje demanda, pero sobre todo, no incide en el desarrollo del alumno, porque la mayoría de las veces el alumno se limita a enfocar su interés en acreditar la asignatura o materia.

La sensibilidad pedagógica y la motivación del alumno.

En la enseñanza universitaria también se presenta la situación de que algunos alumnos manifiestan falta de interés en su aprendizaje, lo cual representa un problema para aquel docente que se esfuerza en planear y organizar su clase y pone empeño en la enseñanza sin obtener respuesta de sus alumnos.

Manen (1998,164) aborda la motivación en relación con aquellos alumnos que no le encuentran sentido a la experiencia educativa. En estos casos, para el autor, la tarea de la sensibilidad

pedagógica es apoyar al joven a tener un interés intrínseco por el conocimiento a través de la motivación.

Lograr la motivación en el alumno es una problemática difícil a la que se enfrenta el docente en la cotidianidad de la enseñanza en todos los niveles educativos, pues siempre hay alumnos que por más que se apliquen diferentes y variadas actividades de enseñanza no responden. Es un problema complicado, porque en el desánimo de los estudiantes intervienen factores de diversos tipos que van desde la personalidad y el carácter del alumno, la vida familiar, y la situación económica y social del país.

Manen (1998) está consciente de esto, pero no obstante, plantea como alternativa que el docente enfrente con la sensibilidad pedagógica esta problemática. Esto significa situarse en el mundo subjetivo del alumno para comprender cómo percibe y experimenta la experiencia educativa e intente ofrecerle respuestas acordes con sus sentimientos (Manen, 1998:165). Podría decirse, que esta propuesta muestra una alternativa diferente de afrontar el problema, ya que no pretende lograr la motivación desde la óptica del docente, desde un discurso educativo que puede ofrecer razones muy válidas, pero que chocan con la percepción y los sentimientos del alumno.

Con esta propuesta, el autor recupera y reivindica el sentido o razón de ser de la educación, pues considera que si el docente es lo suficientemente sensible para situarse en el ámbito subjetivo del alumno puede realizar la esencia de la educación, entendida como “*educare* <<conducir hacia>> el mundo, el mundo de la consciencia, la responsabilidad, la madurez, y la comprensión” (Manen, 1998:164, 165).

Asensio (2010:145-151), también aborda el problema de la motivación desde otro enfoque. Este autor precisa que sin la disposición del alumno para aprender es difícil que la enseñanza tenga efectos.

Si bien, este autor reivindica la sensibilidad pedagógica como una acción pertinente para impulsar la motivación, también reconoce que es función de los padres y del entorno social y familiar sentar las bases para que el alumno valore el conocimiento y tenga la suficiente motivación para el aprendizaje y para enfrentar la dinámica escolar. En este aspecto se precisa, que la familia puede contribuir a través de hábitos valorativos que permitan vivir y experimentar el gusto y la satisfacción por la educación y el conocimiento. Este tipo de hábitos pueden lograr imprimir e inculcar en la estructura afectiva del alumno el aprecio y el amor al conocimiento sin el cual no se puede reconocer el valor que en sí mismo tiene la educación (Asensio: 2010:149,150).

Asensio (2010) y Manen (1998) coinciden en plantear que la sensibilidad pedagógica requiere enfocarse en los afectos y sentimientos de los alumnos para impulsar la motivación por el conocimiento y el aprendizaje. Pero difieren en un aspecto: para Asensio (2010) influye y es importante la actitud y motivación que tenga el alumno ante el conocimiento, la estructura afectiva que ha sido calada por la familia y el entorno social. Mientras que Manen (1998) considera de algún modo que ante la ausencia de esta estructura afectiva es labor de este tipo de sensibilidad contribuir a construirla en el alumno.

Sensibilidad pedagógica y responsabilidad del docente.

Manen (1998:172,173) relaciona la responsabilidad del docente con la condición de vulnerabilidad del alumno. Si bien este autor aborda de manera particular la vulnerabilidad del niño, hay que enmarcar la vulnerabilidad en una perspectiva amplia que es la concepción antropológica y filosófica de la persona, que permite vincular este aspecto con la enseñanza universitaria.

La sensibilidad pedagógica es capaz de reconocer la vulnerabilidad del alumno y responder ante esta indefensión, asumiendo la responsabilidad que le corresponde como docente de acoger y guiar al alumno en su proceso de crecimiento y maduración como persona.

Podría decirse, que este tipo de sensibilidad es la respuesta receptiva y afectiva inmediata que surge ante la vulnerabilidad e indefensión que presentan los alumnos, que lleva al docente a sentir la necesidad de responsabilizarse de ellos.

Como ya señalamos, el reconocimiento de la vulnerabilidad del alumno se sustenta en la concepción antropológica y filosófica de la persona que considera que la persona es un ser inacabado y por ello es un ser *careciente* que no puede crecer y desarrollarse por sí mismo sino que requiere del apoyo de los otros. Esto se sustenta en el planteamiento de Carlos Díaz (2002) que precisa lo siguiente: *“La persona es un ser necesitado, menesteroso, abierto desde su origen, y sólo se desarrolla y plenifica en el buen trato con el otro y consigo mismo”* (Díaz: 2002: 295).

Es posible considerar, que la condición de persona como ser necesitado de ayuda, también coloca al joven universitario en situación de vulnerabilidad frente al docente, situación que exige tener una respuesta ética como es la sensibilidad pedagógica mediante la cual reconoce al alumno como persona, como un ser que requiere de su acompañamiento y apoyo en su proceso educativo.

Aquí cabe recuperar el análisis de la persona que realizan Altarejos et al (1997), en donde se establece que la persona es el fundamento de la educación: *“Desde el punto de vista educativo, la persona es un ser inacabado en todos sus aspectos y dimensiones: cuerpo, razón, afecto (afectividad), voluntad, apertura. Desde esta situación tiende hacia el acabamiento o perfección”* (Altarejos et al, 1997:453).

El reconocimiento de la vulnerabilidad del alumno muestra otra dimensión propia de la persona, que es la necesidad de relacionarse y construir vínculos con los “otros” para lograr su crecimiento y desarrollo. La concepción antropológica y filosófica de la persona muestra que es inherente a la persona su dimensión relacional, entendida como la necesidad de interrelacionarse con los otros para construirse a sí mismo y lograr su desarrollo (Domínguez, 2011). Esta visión de la persona, así como acepta que la persona es dueña de su proceso de autocreación, también reconoce que no

es autosuficiente para estructurarse, sino que se construye a sí misma en interrelación con otras personas. De ahí, que su proceso permanente de creación de sí mismo lo realice estrechamente relacionado con otras personas.

La responsabilidad moral que tiene el docente ante la vulnerabilidad del alumno se fortalece con la concepción de la docencia como una profesión de ayuda tal como lo establecen García Amilburu y García Gutiérrez (2012), autores que argumentan esta visión con base en la asimetría propia de la relación educativa.

“Una de las principales características de las profesiones de ayuda educativa es que en ellas se establecen relaciones de tipo asimétrico, porque el educador y el educando no se sitúan - desde la perspectiva formativa - en un plano de igualdad, sino que una de las partes se presenta como dependiente de la otra; el educando aparece como la parte pedagógicamente más débil y vulnerable en la relación” (García, García, 2012:16,17). Es por ello, que estos autores consideran que debido a esta asimetría inherente a la relación educativa, esta relación es, en esencia, una relación de ayuda. Desde esta perspectiva, esta asimetría sitúa a los alumnos en una condición de vulnerabilidad pedagógica entendida como la necesidad de recibir por parte del docente la ayuda y el apoyo que requiere en su proceso educativo.

La responsabilidad del docente se fundamenta en esta asimetría propia de la relación educativa, donde al docente le corresponde asumir el deber moral de brindar la atención, el acompañamiento y el cuidado que demanda el alumno debido a su condición de vulnerabilidad.

El tacto pedagógico, como un tipo de sensibilidad afectiva y moral, contribuye a impulsar en el docente la disposición para asumir su responsabilidad. Un docente, que carece de esta sensibilidad, es difícil que perciba y comprenda la asimetría que se establece en la relación maestro-alumno y por ello es incapaz de detectar la condición de vulnerabilidad en la que se sitúa el alumno en el proceso educativo.

La importancia que tiene el tacto pedagógico para que el docente sea capaz de responsabilizarse de sus alumnos se robustece con el planteamiento de Ortega, (2013:25) el cual considera que la raíz de esta disposición ética del docente es su sensibilidad moral; es decir, la capacidad de sentir y conmoverse ante la vulnerabilidad del otro (alumno) que tiene necesidades y proyectos que requieren de su atención y apoyo.

CONCLUSIONES.

Es posible plantear que el tacto pedagógico no es una propuesta educativa utópica e imposible de lograr pues la mayoría que hemos pasado por la educación escolarizada más que recordar los conocimientos que recibimos, evocamos con cariño aquel docente que tuvo una atención afectiva para con nosotros, y también se viene a la mente el recuerdo del maestro que con su actitud autoritaria y hostil logró hacernos difícil el aprendizaje de la asignatura que impartía. También recordamos el clima o ambiente en el aula cuando con algunos docentes nos sentíamos tranquilos y confiados en el salón de clase y experimentamos de nuevo la sudoración y la respiración entrecortada al evocar el momento que ingresaba un docente que en aras de mantener el orden en el salón de clases se comportaba con superioridad, autoritarismo y hasta mostraba actitudes de tiranía que en nada contribuyeron a nuestro aprendizaje.

El tacto pedagógico ofrece la oportunidad a los docentes de comprender y vivir el proceso educativo como un proceso profundamente humano, y que por ello, es capaz de incidir y calar en la futura forma de ser y de comportarse de los jóvenes estudiantes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.

1. Altarejos Masola, Francisco, et., al. (1997). Filosofía de la educación hoy. Diccionario filosófico-pedagógico. Madrid, Dykinson.

2. Asensio Aguilera, Josep M. (2010). El desarrollo del tacto pedagógico (o la otra formación del educador). Barcelona, Graó.
3. Díaz, Carlos (2002). Persona, en Adela Cortina (Directora) 10 palabras clave en ética. Navarra, Editorial Verbo Divino.
4. Domínguez Prieto, Xosé Manuel (2011). Ética del docente. Madrid, Fundación Emmanuel Mounier.
5. García Amilburu María (2013). En el aula y fuera de ella: educar con la vida. Edetania, No 43.
6. García Amilburu María, y García Gutiérrez, Juan (2012). Deontología para profesionales de la educación. Madrid, Editorial Universitaria Ramón Arece, UNED.
7. Ortega Ruiz, Pedro (2013). Educar es responder a la pregunta del otro, Boletín Virtual REDIPE, No 824.
8. Manen van Max (1998). El tacto en la enseñanza. El significado de la sensibilidad pedagógica. Barcelona, Paidós.

DATOS DE LA AUTORA:

1. Guadalupe Ibarra Rosales. Doctora en Educación por la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Investigadora del Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación (IISUE) de la Universidad Nacional Autónoma de México. Área de adscripción: Diversidad Sociocultural en la Educación. Docente de la Maestría en Pedagogía de la Universidad Nacional Autónoma de México. Correo institucional: irge@unam.mx

RECIBIDO: 7 de noviembre del 2016.

APROBADO: 25 de noviembre del 2016.